

distantes y diversos parecen entre sí. Los antiguos se admiraron de estas investigaciones suyas, y quedaron tan convencidos de ellas que es esforzaron en añadirles alguna cosa de su propio ingenio. Empédocles había dicho, que *la semilla es dentro de la tierra lo que el feto en el útero*, y aquellos queriendo avanzar mas, no tuvieron inconveniente en afirmar, que la planta era un animal fijo en la tierra por sus raíces, y el animal una planta que andaba. Los modernos no han dejado tampoco de aprovecharse de los pensamientos de Empédocles: siguiendo sus huellas y prolongando, por decirlo así, sus mismos pasos, han ido descubriendo nuevas relaciones que unen á las plantas con los hombres; el dormir y respirar aquellas como los animales; el tener los mismos males; el propagarse los pólipos como las plantas y ser unos animales (los que viven adheridos á las piedras) que buscan la luz y se vuelven hácia ella como igualmente hacen los vegetales; todos estos, y otros semejantes, son los objetos grandiosos en que se han fijado los modernos aprovechándose de los descubrimientos de Empédocles. Sin embargo de esto, son tantas y tan importantes las diferencias que existen entre los animales y los vegetales que no ha sido posible reducirlos á las mismas leyes, como quiso hacer nuestro sabio. Solo parece que en el presente estado de nuestros conocimientos, todo concurre á demostrar que la naturaleza ha expresado é incluido, por decirlo así, bajo una sola fórmula, el gran fenómeno de la nueva producción de los seres organizados. Esta es la que buscó, y esta la que encontró nuestro físico, pues que distinguió el sexo en las plantas, conoció que la semilla no era mas que un huevo, y afirmó terminantemente que las plantas debían ser ovíparas como los animales.

Estas meditaciones de Empédocles sobre los seres organizados, á falta de otra prueba, bastarian por sí solas para hacer ver la energía y profundidad de su entendimiento. Él tenía que suplir la falta de hechos, inventar métodos para no descarriarse, asegurar sus pensamientos en cadenciándolos, y ver de antemano por medio de las conjeturas; operaciones que requieren obstinación, sagacidad y perspicacia. Tal es la condicion de la naturaleza humana, que nuestra alma no puede sin trabajo reflexionar, raciocinar y recorrer los caminos difíciles de las investigaciones físicas. Y no se crea que él como poeta ó cosmólogo descubrió las referidas semejanzas entre los vegetales y los animales mas con su imaginación que con su entendimiento. La imaginación inventa, no descubre; fringe, no raciocina; hermosea, no une, y si á veces anuda, sus lazos son imaginarios y no reales. Muchos cosmólogos hubo entre los antiguos; mas solo se considera á Empédocles como el que comprendió que la generación de los animales se verifica del mismo modo que la de los vegetales. Es verdad que intentó unir los unos á los otros, como suele hacerse con la

imaginación, es decir, buscando y hallando mas las semejanzas que las diferencias de las cosas; pero tuvo que obrar así á causa del método con que ayudaba su entendimiento, el cual no era, ni podia ser en su tiempo sino el de la analogía, la que, como suele, esto es, sacando sus argumentos de las cosas semejantes, solo podia conducirle á ver semejanzas. Si, pues, Empédocles se propuso conjeturar á favor de la analogía cosas cuya verdad han confirmado nuestras observaciones, puede decirse con fundamento que él fué de entendimiento vasto, sólido en sus raciocinios y de gran capacidad para penetrar los secretos de la naturaleza.

Pero ahora se ofrece un campo mas vasto á nuevas especulaciones. Empédocles colocando á un lado los vegetales y los animales irracionales, separó al hombre de los seres organizados con quienes le había confundido hasta entonces, y se puso á considerarle solo y aislado, no solo en lo metafísico y moral, sino tambien en lo físico. Dedicó sus investigaciones á la física del hombre, á la que se entregaban en aquel tiempo y con sumo interés los *corpúsculistas*. Empédocles, Anaxágoras y Demócrito escribieron sobre la naturaleza, por lo que los tres adquirieron el sobrenombre de físicos, y trataron de estudiar las reglas en virtud de las cuales vive, se mueve y se rige la máquina humana, y este estudio del hombre fué tal vez mas que ningun otro, lo que distinguió al primero de los demas filósofos, que no le habian considerado hasta entonces sino como un objeto metafísico, moral ó político.

Pero las investigaciones físicas de Empédocles sobre el hombre superaron mucho á las de Demócrito y Anaxágoras, porque con su acostumbrada sagacidad se puso á hacer indagaciones muy útiles y que nadie había intentado hasta entonces. Tantos como fueron los puntos de vista bajo los cuales contempló el cuerpo humano, tantas puede decirse que fueron tambien las ciencias á que dió principio con su profundo entendimiento. El fué el primero que aplicó la química y sus análisis al cuerpo humano, que tiró las primeras líneas de la anatomía y que hizo esfuerzos, si no siempre eficaces, á lo ménos siempre generosos, para echar los cimientos de la fisiología del hombre.

El sistema de Empédocles sobre la naturaleza fué químico, é igualmente lo fueron sus primeras investigaciones sobre el hombre. Empezó á examinar á este en sus partes y le aplicó el análisis todo lo que era entonces posible. « La carne, decía, se compone de partes iguales » de cada uno de los cuatro elementos : los » nervios están formados de dos partes iguales » de fuego y tierra, y las uñas son tambien » unos nervios enfriados por el aire. » Las partes de que consideró compuestos los huesos fueron ocho, á saber : dos de tierra, dos de agua y cuatro de fuego. Si no se corriese algun

riesgo de ver en esto mas de lo que se debe, ¿no podria decirse que había afirmado que los huesos abundaban en fuego, porque abundan en fósforo? Pero sea de esto lo que quiera, no hay duda que con semejante análisis dió origen á un nuevo ramo de la química, ramo que despues de él fué completamente abandonado; pero que hoy, en atencion á su grande utilidad, se cultiva con empeño y va perfeccionándose admirablemente con el nombre de *química de los cuerpos organizados*.

Erasístrato, Herófilo y Serapion se aplicaron entre los Griegos á la anatomía con sumo empeño; mas antes de ellos, habiendo podido vencer las preocupaciones religiosas y de los tiempos, habian empezado á cultivarla Demócrito en Abdera y Empédocles en Girgenti. Este último describe la espina dorsal, y la considera, como en efecto es, cual la base del cuerpo humano. Distingue ademas la inspiracion de la espiracion y describe los canales de las narices por donde se respira. Por último, estudia el órgano del oido, y trapasando el conducto auditivo, descubre aquella parte del oido que, en atencion á su forma enroscada y espiral, él llamó entonces y se llama todavía *el caracol*. Esto es lo poco que de sus conocimientos anatómicos ha llegado hasta nosotros; pero aun esto poco demuestra su vasto saber en esta ciencia. Un pedazo de capitel ó de base, un trozo de una columna ó de una pilastra, bastan á menudo para indicar la magnificencia de un edificio y la pericia de un arquitecto; del mismo modo el solo descubrimiento del caracol demuestra mucho mejor que los antiguos escritores que nuestro filósofo estaba muy adelantado en la anatomía. El caracol situado en un lugar muy escondido del oido no se podia descubrir ciertamente sino por quien estuviese muy versado en dicha ciencia.

Ménos escasas son las noticias sobre las funciones de la vida y de los sentidos del hombre que por fortuna nos quedan de la fisiología de Empédocles. La sangre humana, como todos saben, siempre mantiene su alta temperatura y siempre se conserva del mismo modo. Hipócrates lleno de admiracion al observar esto, lo atribuye á una causa sobrenatural y divina : Empédocles, al contrario, tuvo al calor por una cualidad innata é inseparable de la misma sangre, en lo que convinieron mas adelante Aristóteles, Galeno y otros varios; mas él fué el primero que para formar un sistema, sacó del calor de la sangre, como de una primera causa, una explicacion, no cierta aunque sí artificiosa, de las funciones de la vida.

Las pulsaciones tan regulares de las arterias habian indicado á nuestro filósofo que la sangre se mueve en las venas; pero no conoció, como tampoco la antigüedad, la circulacion de la sangre. En vez de esta supuso en dicho fluido un movimiento de *oscilacion*. La sangre, decía, ocupa parte y no toda la cavidad de las venas, y en estas va y viene continuamente oscilando.

La fuerza que agita la sangre era, segun él, e calor, y este siendo innato en la sangre, mantiene constante la oscilacion y el movimiento.

A este movimiento unió nuestro filósofo la respiracion, otra operacion de la vida. Cuando la sangre, decía, va hácia el fondo de los vasos, el aire se insinúa de pronto en los conductos sutiles y prominentes de las venas, y entrando ocupa el vacío que deja aquella al ir de unos á otros. Y no por esto, añadía, el aire se queda aquí, porque la sangre, segun Empédocles, impulsada por el calor y volviendo atras, oprime dulcemente á aquel y le arroja fuera al volver. Sucede en esto, proseguía, lo que se observa en la clepsidra : allí el aire despide al agua ó esta rechaza á aquel; no de otro modo en la respiracion el aire sale ó entra, segun que la sangre marcha hácia abajo ó hácia arriba en las venas. Pero al ir y venir de la sangre corresponde alternativamente el venir y el ir del aire : este forma al entrar la inspiracion y el salir la espiracion, y segun su sistema, la respiracion de cada uno depende de dichas dos operaciones.

El aire que en la respiracion sale y entra en las venas, quita á la sangre, á juicio de Empédocles, una porcion de calor. Esto indujo á los médicos antiguos que abrazaron esta opinion á curar con el aire fresco y matutino las enfermedades producidas por un calor excesivo. El respirar, pues, ocasionaba, segun nuestro filósofo, una disminucion de calor, de lo que él deducia la necesidad que tienen los animales de dormir. *El sueño*, decía, *no es otra cosa mas que una disminucion de calor*.

En aquella parte de la fisiología de Empédocles que trata de las funciones vitales, dice que el sueño proviene de la respiracion y esta de la oscilacion de la sangre; así que sueño, respiracion y movimiento de la sangre están unidos entre sí y todos al mismo tiempo provienen del calor. En suma, colocó en el calor la causa de la vida y del movimiento. *La muerte*, decía, *es la privacion del calor*; pero miraba al sueño como el principio de la muerte, supuesto que esta, á su entender, es una privacion y aquel una disminucion de calor. Estos principios de medicina que eran teóricos, le guiaban tambien en la práctica. Por el poco de calor que conservaba una mujer de Girgenti asfixiada, conoció Empédocles que aun era susceptible de aliviarse con la medicina : tan cierto es que su práctica estaba conforme con su teórica, y esta en virtud de la marcha natural de su entendimiento estaba toda unida y formaba un sistema.

En tan triste estado se hallaba entonces la anatomía y la fisiología, es decir, la física del cuerpo humano, que carecia enteramente de hechos y estaba llena de errores é hipótesis. Pero tal es la condicion de las ciencias físicas : tienen débiles fundamentos, progresan con trabajo y caminan no pocas veces á la verdad por la senda del error. ¿Quién podia pensar

entonces que el aire al respirar, en vez de quitar calor á la sangre, se le comunica y en gran cantidad? ¿Cómo podía Empédocles anticipar con sus investigaciones tantas verdades que suponen el conocimiento de otras muchas y de un inmenso número de hechos que se ignoraban entonces? No hay duda que él solo tiró unas pocas é imperfectas líneas de química, de anatomía y de fisiología del cuerpo humano; mas semejantes bosquejos, aunque informes, como primeros y originales, son títulos dignísimos de su gloria y le conquistan un lugar honorífico en la historia de las ciencias. Solo es peculiar de los ingenios de primer orden (los cuales son muy pocos) el mostrar, á lo ménos de lejos, aquellas ciencias, que, segun dice Bacon, deben suplirse y sin embargo se ignoran del todo. Empédocles hizo aun mas: indicó la química del cuerpo humano, analizando los huesos y la carne; enriqueció la anatomía descubriendo el caracol, y dió principio á la fisiología uniendo al calor como á un solo hecho las principales funciones de la vida. Superior á su siglo, no hubiera dejado ciertamente á otros la gloria de hacer progresar á estas útiles ciencias; mas no pudo hacerlo por carecer de instrumentos y de todos aquellos medios, no solo convenientes, sino necesarios, para poner en práctica los nuevos y vastos pensamientos que continuamente le sugeriria su genio. Y si no tuvo Empédocles la fortuna de enriquecer todas las ciencias referidas, tuvo la de perfeccionar la fisiología, y echar el primero los cimientos de la parte de esta que trata de los sentidos del hombre.

Andaban los corpusculistas investigando principalmente en su fisiología de qué modo podian nuestros órganos percibir los objetos que están fuera de nosotros. Creían que todos los cuerpos sufrían á cada instante alteraciones, cambiaban y exhalaban partículas sutiles é invisibles. Estas eran trasportadas por el aire, el agua y el fuego á nuestros órganos, y adaptándose á ellos, excitaban las sensaciones de los cuerpos de que se desprendían. Por lo tanto los filósofos de que hablamos decían que las sensaciones eran impresiones causadas en los órganos por las partículas que salen de los objetos, de los cuales son una especie de imágenes.

Empédocles no se apartó mucho de estos filósofos; pero como dicha opinion no era cierta, no se manifestó muy convencido. Púsose á examinar los sentidos uno por uno, acomodó á cada uno de ellos su propia y particular explicación, é hizo así un análisis de los sentidos y de las sensaciones mucho mas profundo que los que hasta entonces se habian hecho. Lo que manifestó bien claramente fué que no sujetaba enteramente sus pensamientos á la opinion comun: así que al aclarar este ó aquel sentido, ya abandona los corpúsculos, ya sigue mas adelante, ó ya añade á los mismos algun argumento nuevo.

Al tratar Empédocles del olfato y el gusto,

no emplea mas que exhalaciones y corpúsculos. « Estos, dice, trasportados por el aire, se adhieren á los poros de la nariz y excitan el sentido del olfato. De este modo y no de otro, añade, es como los perros siguen olfateando las pisadas de las fieras. Y cuando un cararro irrita las narices, los poros de estas se alteran inmediatamente, se respira con trabajo y no se perciben los olores. » Trata en seguida del oído, y abandonando la teoría de los poros y corpúsculos, saca de la anatomía su nuevo argumento. « La sensación del oído, dice, se origina del choque del aire contra la parte de la oreja que á manera de caracol está enroscada, y la cual hallándose suspendida se mueve como una campanilla. »

La anatomía, que entonces estaba en su infancia, le servió muy poco para explicar el sentido de la vista. Sin embargo, conoció uno de los tres humores, que es el acuoso, y alguna membrana de las que cubren el globo del ojo. Mas todo esto era para él dudoso é incierto por carecer del auxilio de dicha ciencia. Tambien se dedicó á investigar toda la parte que tenia la luz en la vision de los objetos; mas á pesar de sus esfuerzos no lo pudo conseguir.

Supone nuestro filósofo dentro del ojo, además del agua, luz á la que llama *fuego nativo*. Estas dos cosas, segun él, están allí dispuestas de tal modo que casi siempre hay mas cantidad de una que de otra. De esto se vale para distinguir los ojos azules de los negros: los primeros afirma que abundan en fuego y que escasean de agua, al paso que en los segundos sucede lo contrario, por lo cual los unos ven mal de noche á causa de la falta de agua y los otros ven mal de día por la falta de fuego. Mas sea poca ó mucha la luz que existe en el ojo, él la considera « como una luz dentro de una linterna. El resplandor de esta luz, son palanbras suyas, se esparce fuera de la linterna, y nos guía por la noche: del mismo modo los rayos de luz se esparcen fuera del ojo y nos hacen ver los objetos. » Empédocles añade otras veces á los rayos de la luz los corpúsculos. Los rayos, segun él, que se lanzan del ojo, al principio se encuentran solo con las partículas que se desprenden de los cuerpos, después se unen rayos y corpúsculos, y así unidos se dirigen al ojo y excitan el sentido de la vision.

Aristóteles desapruaba estos pensamientos de Empédocles. El acto de ver, dice, debe referirse solo al agua y de ningun modo al fuego. En la historia del entendimiento humano se ve á menudo que un error ahuyenta á otro y lo falso va sucediendo seguidamente á lo falso. Aristóteles censura á nuestro filósofo, que dudoso é incierto considerase como causa de la vision, ya los rayos unidos á los corpúsculos, ya solo los corpúsculos. Mas en esto parece que no lleva razon Aristóteles. No podia convencerse el Girgentino de que el órgano de la vista fuese totalmente pasivo, ni podia comprender que la luz no tuviese parte alguna en el mecanismo

de la vision. Esto le obligó á manifestar dudas y desconfianza de sus propias ideas y de la opinion vulgar. Pero estas dudas ¡cuánto honor le hacen! ¡Dudar de las opiniones falsas cuando predominan, es el primero y mas difícil paso que puede darse hácia la verdad!

La fisiología que va en nuestros días enlazándose con todas las ciencias, se comunica tambien con la metafísica y la moral. Esta union que es consecuencia natural del adelanto de las ciencias, fué, por decirlo así, conocida por nuestro Girgentino. Y en efecto, trató de establecer las dos ciencias dichas sobre la solidísima base de la fisiología.

Desde que Pitágoras y Parménides abandonaron el testimonio de los sentidos como engañoso, empezaron los Griegos á impugnar unos la razon y otros los sentidos. Estos y aquella cayeron en descrédito, y entonces nacieron los sofistas y los escépticos. Sócrates, Hipócrates y otros intentaron conciliar la razon con los sentidos; pero fueron vanos sus esfuerzos. Esta gran contienda duró todo el tiempo de la filosofía griega, y volvió á empeñarse al renacimiento de las ciencias entre nosotros. Entonces se combatió de nuevo ya contra los sentidos, ya contra la razon, y nuevamente se cayó en el escepticismo. Mas hoy se han desterrado ya de entre nosotros semejantes disputas, como lo estarán en tanto que el estudio de la física y de las matemáticas se vean protegidos en Europa.

En los tiempos de Empédocles, la orgullosa escuela de Elea hacía los mayores esfuerzos por desacreditar el testimonio de los sentidos y realzar el de la razon. Lo que existe, decían los eleáticos, es único, eterno é inmutable, y como los sentidos nos muestran lo múltiple, lo mortal, lo mudable, por eso nos engañan. De esto deducían que solo la razon podía conocer lo que existe y sola ella decidir de la realidad de las cosas. Mas á estos impugnaron pronto los corpusculistas, que desdeñando las sutilezas de aquella escuela y siendo físicos, defendieron los sentidos sin negar la razon. Anaxágoras con mucha perspicacia distinguió las partículas semejantes de sus compuestos, Demócrito los átomos de sus agregados y Empédocles los elementos de sus combinaciones. Las partículas semejantes, los átomos, los elementos, decían estos, son eternos é inmutables; mas no lo son las combinaciones, los agregados y los compuestos que pueden faltar y cambiar: estos se conocen por los sentidos, aquellos por la razon. Así ellos quitaron toda oposicion entre los sentidos y la razon, asignando á cada uno un dominio enteramente separado y distinto.

Los cuerpos como compuestos obran, en sentir de Empédocles y de Demócrito, sobre nuestros órganos, que son tambien compuestos, excitando nuestras sensaciones, si bien estas no son los mismos cuerpos. La escuela de Jonia habia confundido de tal modo las sensaciones con los objetos que cambiaba estos con aquellas y tenia á las unas por imágenes fieles de

los otros. No pensaron así los corpusculistas; estos separaron, por decirlo así, las sensaciones de los objetos que las ocasionan y tuvieron á aquellas por simples modificaciones, como en efecto lo son, de nuestra sensibilidad. Lo blanco ó lo negro, lo caliente ó lo frio, lo amargo ó lo dulce existen, decían estos, en nuestros órganos y en nuestras sensaciones, y de ningun modo en los objetos. Además solian llamar conocimientos de apariencia y de opinion, y no de realidad ó de verdad, á los que se adquieren por medio de los sentidos.

Mas no por esto creía Empédocles, como algunos piensan, que nuestras sensaciones son imaginarias. Segun él, cambian estas como cambia el estado de los cuerpos ó como se muda la disposicion de los órganos; mas por otra parte es verdadera y real la sensación que producen los cuerpos. Tal es su doctrina, muy semejante á la de Newton sobre los colores. Vemos en los cuerpos lo rojo ó lo amarillo; mas ni los rayos de luz que penetran en el ojo son rojos ni amarillos, ni lo son los cuerpos que coloran dichos rayos. En suma, lo rojo ó lo amarillo existe en el ojo y en la impresion que en él causan los rayos de la luz. Así, en sentir de Empédocles, las diversas sensaciones son reales; pero estas mismas no representan nunca las cualidades que aparecen en los cuerpos, no siendo otra cosa mas que otros tantos modos de sentir.

Los corpusculistas creían que el medio por donde adquirimos el conocimiento de los elementos ó de los átomos era diverso del de los sentidos. Segun ellos, estos elementos ó átomos, siendo simples, no podían conocerse por medio de los sentidos que son compuestos: lo semejante, era axioma antiguo, no se puede conocer sino por medio de su semejante. Pero Demócrito y Empédocles, quitando á los sentidos la facultad de suministrar el conocimiento de lo simple, la reservaron para el alma. Por lo tanto esta, segun Demócrito, estaba compuesta de átomos, y segun Empédocles de los elementos, si bien unidos á las dos fuerzas de amor y odio. « Con la tierra, decia el Girgentino, vemos la tierra, el agua con el agua, el aire con el aire, el fuego con el fuego, y con el odio y el amor el odio y el amor. »

Empédocles echaba la vista, siempre que podía, á la estructura física del cuerpo humano y daba á sus opiniones un aspecto anatómico. Creía ver en el corazón humano un centro, digámoslo así, de sistema, y por esto colocó en él la mansion del alma. Pero como iba siempre conforme en un todo consigo mismo, la colocó particularmente en la sangre que baña dicha viscera, porque atribuyendo el principio del movimiento y de la vida al calor de la sangre, en esta debia colocar el alma. Esta, segun él, estaba dotada de sensación del mismo modo que los sentidos; pero el alma recibía sus impresiones de los elementos y los sentidos de las combinaciones de estos: la una adquiría el co-

nocimiento de las cosas eternas é inmutables y los otros de las mortales y mudables. En suma, los cuerpos externos obraban sobre la máquina del hombre de dos modos diversos, á saber, como elementos sobre el alma, y como combinaciones sobre los sentidos, y aquella y estos eran pasivos.

De aquí nació el que Protágoras, discípulo de Demócrito, opinase que el entendimiento no era otra cosa mas que la facultad de sentir, y que en las sensaciones existe todo conocimiento y ciencia. Por esto Critias, acercándose al parecer de nuestro filósofo, afirmó que pensar era lo mismo que sentir, y que el alma estaba diseminada en la sangre. Mas Empédocles no se paró donde estos, sino que siguió mas adelante. Además del alma que conoce los elementos, supuso dentro de nosotros otra destinada á ocuparse en la contemplación de las cosas intelectuales y divinas. Dios, según él, no es una combinación á manera de un cuerpo, ni una unidad material como son los elementos: « Dios, dice, no tiene figura, ni miembros humanos: no se puede ver con los ojos, ni tocar con las manos. Dios es un espíritu santo: no se puede describir con palabras y mueve el universo con su veloz pensamiento. » En suma Dios es, según él, un espíritu, y su vida es el pensamiento. Así abandonaba nuestro filósofo la opinión de Demócrito y las cosas materiales para volver á Pitágoras y á las cosas intelectuales.

El alma, pues, destinada por Empédocles á conocer las cosas espirituales y divinas, debía ser y fué sin duda para él espiritual y divina. Esta procedía, según decían Empédocles y los pitagóricos, de Dios, y era una partícula de la sustancia divina. Se representaba su generación bajo varias imágenes, como la de una luz que enciende otras muchas, la de una idea que engendra otras, la de una palabra que trasmite á quien la oye el pensamiento del que habla, ó las de otras cosas semejantes que sería prolijo referir. Satisfechos estos filósofos de ellas, poblaron con facilidad el mundo de innumerables espíritus que todos participaban de la naturaleza divina. En esta clase tomó, por decirlo así, nuestro filósofo las almas espirituales, dos de las cuales unidas por él al cuerpo del hombre, forman la base fundamental de su doctrina metafísica. Una de dichas almas es inmortal y material la otra; aquella es eterna, y esta muere con el cuerpo; y en fin, la primera se ocupa en la contemplación de las cosas intelectuales y abstractas, y la segunda en el conocimiento de los elementos y de las dos fuerzas, odio y amor.

No faltará por cierto quien tenga semejante opinión de dos almas en cada cuerpo humano por muy extraña é indigna de la gravedad de un filósofo. Pero ¿quién había manifestado hasta entónces, y quién nos ha dicho hasta hoy cosas mas ciertas ó ingeniosas sobre la unión del alma con el cuerpo y sobre su recíproco

influjo y comercio? ¿Habrán sido aquellos que llenos de vanidad, negando el alma, convierten al hombre en una máquina? Protágoras quería que juzgar y raciocinar fuese lo mismo que sentir. Pero esto es una impiedad y una locura, como lo demuestran la unidad del pensamiento humano y la actividad del raciocinio. Los que hablan así cortan y no desatan, como suele decirse, el nudo. — ¿Habrán sido aquellos que llenos de entusiasmo, anonadando el cuerpo, reducen todo el hombre á espíritu? Stahl quería que solamente el alma ejecutase todas las funciones del cuerpo. Mas esto es una falsedad y también una locura, como lo prueban los movimientos involuntarios y orgánicos. Los que sostienen tal opinión, quieren, como se acostumbra á decir, ocultar el sol con una red. — Por último, ¿habrán sido aquellos que, muy poco mas razonables, tomando un término medio, quisieron combinar las fuerzas del alma y del cuerpo? Leibnitz suponía una armonía preestablecida, en virtud de la cual el alma siga en sus pensamientos y deseos los movimientos del cuerpo á que está unida. Mas esto es una fábula, es un cuento mas ininteligible que lo que se quiere explicar. — En una palabra, el espíritu humano ha imaginado tantas hipótesis mas ó menos quiméricas sobre este punto cuantos han sido los filósofos de imaginación mas vasta, no habiendo habido ninguna de ellas que no haya sido bien acogida y que no haya tenido muchos partidarios. ¡Tanto vale el prestigio que tiene la novedad sobre el entendimiento humano!

¿Qué extraño es, pues, que Empédocles haya supuesto dos almas en cada cuerpo? Sin embargo, no deliró tanto como Protágoras, que hizo del hombre una máquina; ni tanto como Stahl que le convirtió en un espíritu; ni tanto como Leibnitz, que todo lo consideró en él como una armonía primitiva. Empédocles declaró, contra la falsa doctrina de Protágoras, que las ideas espirituales no proceden de los sentidos. Desarrolló al mismo tiempo contra Stahl las funciones de nuestros órganos y las de la vida con hipótesis fisiológicas fundadas á menudo en la anatomía. En fin, negó de antemano el sistema erróneo de Leibnitz, diciendo que los sentidos y las sensaciones eran capaces de excitar en el alma el recuerdo de lo que fué antes, y olvidarlo despues, enteramente, en virtud de su contacto con la materia. Por tanto no se muestra Empédocles con su hipótesis de las dos almas ménos racional que los demas filósofos que han existido hasta nosotros, y debe confesarse que el problema de la recíproca acción del alma sobre el cuerpo pertenece tal vez á la clase de aquellos que superan á las fuerzas del entendimiento humano. Así que hasta ahora no se han hallado, ni se hallarán en lo sucesivo sino hipótesis y quimeras, que el tiempo que suele confirmar las verdaderas opiniones, irá progresivamente destruyendo.

Ahora debe advertirse que las dos almas

de que hablan muchos escritores antiguos, y principalmente los pitagóricos, no han de tomarse al pié de la letra. Los que pensaban esto, pensaban distinguir lo sensible de lo intelectual; dos clases de facultades que hay en el hombre. Mas ocultaron dichas facultades, como era costumbre de aquel tiempo, bajo ciertas imágenes, ó por decirlo de otro modo, hicieron de ellas dos personas. Empédocles, según el testimonio de Sexto Empírico, compuso la razón humana con aquellas dos facultades. La razón, dice, es en parte humana y en parte divina, y toma el nombre de recta, porque corrige los errores de los sentidos y ella sola puede discernir lo verdadero de lo falso. Tan cierto es que las dos almas de Empédocles no representaban mas que la facultad sensible y la facultad intelectual y que ambas hacían una cosa sola.

¿Quién podrá ahora sufrir que se coloque á Empédocles entre los filósofos escépticos? Él nunca afirmó que el testimonio de los sentidos fuese inútil ó vano; por el contrario, dice que los sentidos nos muestran las relaciones que tienen los cuerpos tanto entre sí como con el individuo, y añade que excitan en las facultades intelectuales las ideas espirituales y abstractas. Lo mas que hacía Empédocles era desconfiar de los juicios de los sentidos porque á menudo suelen ser falaces y engañosos: por eso quiso que fuesen siempre guiados por la recta razón, pues que sola esta podía discernir lo verdadero de lo falso. « Tal vez, decía en su tiempo Ciceron hablando de Empédocles, condeña los juicios de los sentidos solamente cuando cree que no hay en ellos mucha energía para juzgar de las cosas que están á sus alcances. »

Es verdad que Empédocles al tratar de los elementos, parece los consideró como simples, y que habló muy mal de los sentidos, principalmente cuando dirigiéndose á su amigo Pausanias y tratando con él sobre el amor y el odio, fuerzas inmutables, le aconsejó que no se fiase de los sentidos y que mirase las cosas, no con los ojos del cuerpo, sino con los del alma; y también parece, según dice Ciceron, que su animosidad contra los sentidos le hizo afirmar que no podíamos ver, sentir, ni conocer nada por su medio. Mas estos argumentos no bastan para que pueda considerarse como escéptico á nuestro filósofo.

El que se dedica á hacer experimento y análisis, el que investiga con todo cuidado los hechos, y el que valiéndose de estos indaga las operaciones de la naturaleza con la guía del análisis, ciertamente no es, ni puede ser escéptico.

Los físicos podrán no cuidarse de las cosas espirituales y abstractas; pero nunca negar la existencia de aquellos cuerpos cuyas propiedades buscan con empeño y cuya índole estudian con afán. No hay duda, pues, que el sentido de aquellas palabras debe entenderse según el

modo de pensar y hablar de aquel tiempo. Se llamaba entónces *verdadero* y *real* lo que es eterno é inmutable, ó sea lo que no es del dominio de los sentidos. Empédocles, al hablar de los elementos y de las fuerzas, como de cosas que son eternas é inmutables, desechó con razón el testimonio de los sentidos, y dijo que nosotros no podemos ver, sentir ó conocer nada por medio de ellos.

Entretanto, ¿quién creería que al querer definir el carácter y la doctrina de un mismo individuo, pasen aun los grandes filósofos de un extremo á otro? También los hombres grandes precipitan á veces sus juicios, y al hacer esto se deslumbran. Lo admirable es que en los puntos en que algunos filósofos juzgaban escéptico á Empédocles, otros, por el contrario, y entre ellos Aristóteles, le tuvieron por *materialista*. En el sistema de Empédocles el pensar, dice Aristóteles, significa lo mismo que sentir: todos nuestros conocimientos provienen de las sensaciones y aquellos se aumentan con estas. Pero todo esto es una calumnia. Nuestros sentidos, á juicio de Empédocles, son pasivos, y también es pasiva una de aquellas dos almas que él supone material estando dentro de nosotros, y nuestra ciencia se aumenta con nuestras sensaciones. Pero la razón de que ya hemos hablado se compone, según él, de las dos almas, es decir, facultades, la una sensible y la otra intelectual, y dicha razón pesa, compara, juzga, en una palabra, raciocina. Los principios en virtud de los cuales la razón rectifica los juicios de los sentidos, son dos, según su filosofía; el primero es: *nada proviene únicamente de la nada*; el segundo: *lo semejante se puede solamente conocer por medio de lo semejante*. La razón, según él, refiere las sensaciones á este ó á aquel principio (si no ha admitido otros), y con el auxilio de estos aquella nos muestra lo verdadero y lo falso. Esto supuesto, ¿podía ser Empédocles un materialista, como le pinta Aristóteles? El que admite principios absolutos de conocimientos y juicios que no están al alcance de los sentidos, pues son eternos é inmutables, no puede creer que pensar sea lo mismo que sentir y no puede ser considerado como materialista.

No hay hombre, por eminente que sea, que no tenga sus defectos, y aun los genios de primer orden son con frecuencia objeto de censura. Se dice de Empédocles que no fué original. ¿Y conviene acaso desmentir esta proposición? Nada ménos que eso; ántes es oportuno concederla, porque el afecto hácia aquel á quien alabamos, no debe ser tan grande que supere al amor de la verdad. Confesamos, pues, que Empédocles, lo mismo que los corpusculistas, no fué original en metafísica: Empédocles, como alumno de los pitagóricos y de los eleáticos, no supo abandonar las ideas que aprendió en las dos escuelas, porque le contuvo la misma veneración que tenían aquellos á los principios abstractos.